

NOCHE de NAVIDAD de 2013 – Abadía de la Maigrange, Friburgo

Lecturas: Isaías 9, 1-6; Tito 2,11-14; Lucas 2,1-14

“El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz” (Is 9,1).

“Porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres” (Tt 2,11).

Las lecturas de esta Noche de Navidad son unánimes al anunciarnos una epifanía, la manifestación de algo extraordinario que se hace visible con la evidencia de una luz en medio de las tinieblas. Es la manifestación de una realidad que no habíamos conocido antes, que no pudimos ver antes, que no podríamos hacer aparecer por nuestras propias fuerzas. Nuestros ojos son órganos que dependen de la luz; si no hay luz no pueden producirla, crearla, sobre todo la luz de Navidad, pues esta es la luz que manifiesta la gracia: “Se ha manifestado la gracia salvadora de Dios”. La gratuidad de Dios se ha manifestado. Del amor gratuito de Dios nos llega la luz de esta Navidad. La sorpresa dada a los pastores es la de ver la luz de la gracia de la gloria de Dios: “Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz” (Lc 2,9).

Los pastores son envueltos por esta luz gloriosa de la gracia. Se diría que Lucas ve así reproducido el primer gesto de María hacia el Niño: “dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales” (Lc 2,7). Como los pañales en los que María envuelve al Niño, la luz de Dios, su benevolencia, envuelve a la humanidad más pobre e indefensa, la humanidad de los pastores que es la de los niños.

Esta es la verdadera naturaleza de la luz de Navidad: la ternura del Padre que, dando su Hijo al mundo en la pequeña fragilidad de un niño sin casa, cuida de la humanidad como una madre de su recién nacido. En el mismo momento en que el Hijo de Dios se abandona a los cuidados de una madre humana, Dios Padre cuida del hombre. Pues el Niño Jesús es Dios que, haciéndose hombre, se identifica en su desamparo con toda la fragilidad humana. En esta noche, Dios Padre no puede cuidar de su Hijo sin pasar por los cuidados de María, y sin cuidar, en Él, de toda la humanidad. El cuerpo del Niño, en el frío de la noche, debe ser envuelto en pañales, como necesitan también los pastores, inmersos en las tinieblas de la noche, ser envueltos por el calor de la luz de la gracia del Padre.

Cuando se percibe la ternura de este gesto, cuando uno se deja coger por la ternura de este gesto que envuelve a Jesús por medio de María y a la humanidad por medio del Padre, se ve la luz del Evangelio de la Navidad, de la buena nueva de la Encarnación del Hijo de Dios.

El cuidado que Jesús recibe se convierte inmediatamente en el cuidado que Dios nos prodiga. En el mismo momento en el que Él se pone a la merced de nuestros cuidados y se hace dependiente de nuestra ternura, Dios manifiesta su ternura a la humanidad de los pobres. Pero estos no son movimientos diferentes, pues la ternura de Dios hacia la humanidad culmina en su nacimiento como Niño que necesita la ternura humana.

Esta es la señal que los pastores deben buscar: “Y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,12).

Allí donde veamos que Dios nos necesita, allí encontramos la prueba de que Él nos cuida. Es el Dios envuelto por la ternura humana de María que prueba que también nosotros somos envueltos por la luz de su gracia divina.

Este misterio es el corazón del acontecimiento cristiano, a lo largo de toda la vida de Jesús, hasta su ofrenda en la cruz y ser colocado en la tumba. Al comienzo y al final de su vida, Jesús deja cubrir su desnudez por los lienzos. Desde el principio al fin, Cristo nos envuelve en la gracia del Padre mendigando el cuidado de la ternura de la que tenemos necesidad, nosotros los primeros. Cuidar del otro con ternura es la ley del amor, la ley sembrada desde la creación en el corazón de toda madre y de todo padre, pero que se convierte en ley divina cuando Dios en Belén se somete a ella para revelarnos que Él ha sido siempre su primer autor. ¿No ha sido Él, desde el primer instante de miseria humana, el que envuelve la desnudez de Adán y Eva? (cf. Gn 3,21).

El misterio de nuestra necesidad de ser envueltos de ternura es muy profundo. Nos constituye, y define también el espacio de toda responsabilidad hacia el otro, que constantemente mueve y despierta nuestra libertad, nuestra capacidad de relación y de amor a imagen de Dios.

Jesús, haciéndose hombre, nos revela que en esta necesidad y en esta responsabilidad toma cuerpo la imagen de Dios en nosotros. Desde que María envuelve a Jesús, se convierte en el icono de la ternura eterna del Padre hacia el Hijo por el Espíritu. En el coro de Hauterive, el bajo relieve de María que envuelve con su manto la desnudez del Niño es como el espejo del Trono de gracia trinitaria donde el Padre envuelve la desnudez del cuerpo muerto de su Hijo sacrificado.

La desnudez sintetiza simbólicamente toda nuestra miseria y fragilidad humanas después del pecado original. Envolverla es la naturaleza de la Redención, de la compasión de Dios que quiere salvarnos. Y el llegar a ser nosotros mismos hombres y mujeres de la ternura, de la compasión que cuida de la desnudez del otro, significa llegar a ser como Dios. Adán y Eva se dan cuenta que están desnudos, necesitados, porque querían ser como Dios. Pero Dios transforma la consecuencia de su pecado de orgullo en medio de divinización. Dios es amor; quien ama es como Dios, y el amor de Dios es el amor que, como escribe san Pablo, “todo lo cubre” (1Cor 13,7), que cuida de todo, como hace la madre con su niño.

La Navidad, como la Cruz, nos revela una gran vuelta en el sentido de nuestra vida. Lo que requiere cuidado y ternura, lo que en nosotros y en los demás es pobre y desnudo, sin medios, dependiente, lo que humilla el orgullo del mundo, lo que nos molesta y obstaculiza todos los proyectos de éxito y de poder, es precisamente lo que nos permite llegar a ser como Dios, de entrar en el intercambio de ternura con Él y entre nosotros. La “gran alegría” de los ángeles y de los pastores es que la ternura del Padre hacia el Hijo es la luz del Cielo que habita ya en la tierra.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General